

CULTURA Y SOCIEDAD







MEMORIAS DE VIOLENCIA. ESPACIO, TIEMPO Y NARRACIÓN*

POR ELSA BLAIR TRUJILLO¹

*La ética del siglo XXI en adelante,
tiene que hacerse siguiendo el ejemplo
del Angel de la Historia de Paul
Klee: con la mirada puesta en las
víctimas del tiempo.*

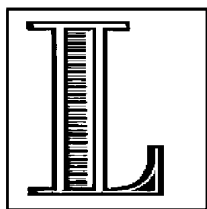
*Si retiramos la mirada del dolor
de las víctimas dejamos de alimentar
el pensamiento que nutre la
verdadera ética.*

José Ma. Mardones Reyes Mate.

* Artículo recibido en septiembre de 2005.
Artículo aprobado en noviembre de 2005.

¹ Socióloga. Investigadora. Miembro del grupo de Investigación *Cultura, Violencia y Territorio* del Iner de la Universidad de Antioquia.

INTRODUCCIÓN



La aprobación reciente por parte del Congreso de la República de la *Ley de Justicia y Paz*, ha puesto sobre el tapete un problema nodal del conflicto armado colombiano: el que tiene que ver con la verdad, la justicia y la reparación de las víctimas de la violencia. Sin duda, el esclarecimiento de los crímenes cometidos, el juicio a los responsables y las reparaciones materiales y simbólicas a las víctimas, son condiciones imprescindibles a una eventual reconciliación de la sociedad. A ese respecto muchos son los aspectos en juego en un conflicto tan complejo como el colombiano. Sin embargo, ellos están en estrecha relación con un problema de fondo: el de la memoria y/o la reconstrucción de la memoria histórica en el país. De ahí sus enormes dificultades. A más de las consideraciones políticas que ameritan múltiples esfuerzos como los que vienen haciendo diversas organizaciones sociales y políticas frente a la ley y a la búsqueda de mecanismos que conduzcan al horizonte de la reconciliación, el problema de la memoria invita también a una reflexión académica sobre el asunto. Muchos y muy diversos son los aspectos que habría que explorar sobre el tema de la memoria ligada a las situaciones de la guerra. Para efectos de este artículo, proponemos explorar, en una aproximación inicial, sus referentes espaciales, temporales y narrativos.² Con todo, es una reflexión teórica que necesitará de referentes más concretos en el terreno de la investigación sobre memorias de la violencia.

¿Cómo puede la memoria dar cuenta y, a la vez, ser producto de referentes espaciales, de tiempos y de relatos, en contextos de guerra? La pregunta cobra pertinencia cuando asumimos que —como ha sido puesto en evidencia por buena parte de la literatura sobre el tema—, la memoria no es el “recuerdo” de un evento pasado, sino una construcción que se elabora desde el presente y permite reconfigurar *el sentido* de ese pasado (Ricoeur,

2003). Sin duda, “toda huella del pasado es interrogada desde hoy y toda reconstrucción histórica se realiza desde sucesivos presentes” (Archila, 1998, 289). Ella es también una posibilidad de abrirle perspectivas al futuro, esto es, de *reconfigurar el tiempo* (Ricoeur, 2003). Si la memoria no tuviera la potencialidad de recomponer el futuro no tendría sentido y todo su potencial político, desaparecería. Los sujetos y las sociedades recomponen sus “recuerdos” en el entendido de poder hacer algo con ellos en el futuro. En efecto, es en este sentido que cobra pertinencia y que se ofrece como una vía de indagación bastante fecunda y como un recurso político al que han apelado distintas sociedades que han vivido situaciones de guerra.

Este artículo pretende problematizar la reflexión en torno a estos tres componentes que juzgamos constitutivos de la memoria: espacio, tiempo y narración, —a la manera de tres ejes analíticos— para ser interrogados en contextos de guerra. A juzgar por la literatura revisada, estos tres ejes son los encargados de estructurar la construcción social de la memoria: el primero, porque da cuenta de las referencias espaciales (o las *espacialidades*) de los procesos de *memorialización* que hacen las poblaciones de sus vivencias de la guerra pero, así mismo, porque permite interrogar el papel que ellas, las referencias espaciales, juegan en la construcción de los relatos; el segundo, porque permite indagar por las *temporalidades* de la memoria con respecto a los hechos violentos y al juego, no siempre claro, que se establece entre pasados, presentes y futuros de la memoria en relación con la guerra; pero también porque permite indagar por *las temporalidades* de las narrativas con las cuales se construye la memoria, es decir, permite esclarecer una cierta “cronología” de los relatos que parece no ser, precisamente, la de la secuencia lineal del tiempo, sino más bien la que se estructura en función de lo que, por lo pronto, podríamos llamar “eventos significantes” que tejen los recuerdos frente a esos hechos; y el tercero, finalmente, porque la narración parece ser no sólo la forma de construcción de la memoria, sino también su mejor expresión.³ En

efecto es por la vía de la reconstrucción de los relatos por donde diversas sociedades han implementado la puesta en público del dolor y el sufrimiento de las víctimas de situaciones de guerra (Blair, 2002,12-14).

El propósito, al intentar clarificar estos tres componentes es el de poder desarrollar –a futuro– *ejercicios de memorias* en y con poblaciones sitiadas por la guerra que permita, de un lado, abrir un espacio para “escuchar” a las víctimas de las situaciones de violencia, pero de otro lado o, más bien, al mismo tiempo, pueda contribuir al proceso, –por lo demás necesario–, de reconstrucción de las memorias de la violencia que ha vivido el país en los últimos años, y con las cuales la sociedad colombiana podría, eventualmente, hacer la reconstrucción de su memoria histórica.



LOS ESPACIOS DE LA MEMORIA

Diversos testimonios de pobladores que habitan zonas de violencia están inundados de referencias espaciales en sus relatos: “**Donde** mataron a...” “**Aquí** fue la masacre de...” “**Toledo** quedo oliendo a muerte” y muchos otros. Todos ellos expresados a través de lugares y/o de adverbios de lugar. Ellas son la expresión de una serie de significaciones construidas por las poblaciones en torno a los “espacios” habitados y que, en los últimos años, han sido “tejidas” por la guerra. Lo que Oslender ha nom-

brado –en la región del Pacífico colombiano– como una transformación de los lugares y regiones en paisajes del miedo con unas articulaciones espaciales específicas que rompen de manera dramática, y frecuentemente imprevisible, las relaciones sociales locales y regionales (Oslender, 2004). Por sus referentes espaciales son también la expresión de lo que algunos investigadores han llamado “una topografía de la muerte” (Taussig, 1995) y/o una “cartografía del terror” (Castillejo, 2004) o “geografías del terror” y “paisajes de miedo” (Oslender, 2004) para referirse a esos “lugares” que quedan marcados por las situaciones y/o eventos violentos que trae la guerra. Es lo que, desde otro lugar, plantea Pécaut al decir que “a menudo, el relato de las víctimas del terror es el de una trayectoria espacial” (Pécaut, 2001, 251).

Estas referencias espaciales ponen en evidencia, al menos en un primer momento, un asunto muy importante a nuestra indagación: que la *espacialidad* es un componente de la memoria. Sin embargo, es preciso esclarecer aspectos como los siguientes: ¿De qué naturaleza es ese componente? ¿Cómo él estructura la memoria? ¿Es posible construir relatos y/o memorias sin referencias espaciales o cuál es el lugar que el espacio juega a la hora de construir memorias? ¿El referente espacial es sólo un componente de inteligibilidad del evento o qué papel juega en la construcción misma del recuerdo y la memoria?² ¿Qué importancia tiene el espacio y/o la representación que nos hacemos de él, en los procesos de memorización? O, en otras palabras, ¿qué significan los lugares a la hora de la memorización?

- 2 Este artículo surge de reflexiones emprendidas en el marco de elaboración de una propuesta de investigación sobre el tema y pretende esclarecer, al escribirlos, algunos de los ejes que juzgamos importantes con relación a la memoria. Él se nutrió enormemente de las discusiones que sobre el tema sostuve con Emilio Piazzini, aun así la responsabilidad del texto es exclusivamente mía.
- 3 Pese a la imbricación que existe, al parecer necesaria, entre los tres componentes aquí explorados, ellos están estructuradas separadamente con la pretensión de abordar la especificidad de cada uno de ellos y perfilar las preguntas que sería preciso resolver en cada uno, incluso si al intentar esclarecerlos vuelve a ponerse de presente la imbricación entre unos y otros. Por ejemplo, la que de manera muy clara se establece entre tiempo y narración.
- 4 Diferenciamos, en términos de Augé, el recuerdo de la memoria donde el primero se asume como huella mnésica, como una impresión, y la segunda como una construcción narrativa (Augé, 1998, 22). De alguna manera creemos que esta diferenciación alude a la que establece Ricoeur entre memoria pasiva (el recuerdo) y la memoria activa (la rememoración), esto es, en términos de Ricoeur, la verdadera memoria (2003).

Un seguimiento a estos procesos en el terreno concreto de las narrativas de la memoria, ayudaría a precisar el “lugar” de esta suerte de “espacialidad” que estructura la memoria, y que podríamos llamar con Piscitelli, “recuerdos geográficos” (Piscitelli, 1998, 73) ayudaría, sin duda, a esclare-



cio y, en consecuencia, las referencias espaciales que sostienen y/o coadyuvan a la memoria son sólo espacios físicos-geográficos. La pregunta cobra pertinencia cuando sabemos que, en términos antropológicos, el espacio, más que una realidad geo-física, asociada a los lugares, ¿es una construcción cul-

tural que hace de él un espacio “vivido, percibido y significado”? En efecto, la antropología ha puesto en evidencia que el espacio geográfico se transforma mediante la acción humana en territorio. Que el territorio es más bien “un espacio socializado y culturizado de tal manera que su significado sociocultural incide en el campo semántico de la espacialidad” (García, 1976, 27). En esa medida, estas “construcciones sociales” del territorio, es decir, las maneras como él se significa, intervienen también en las espacialidades de la memoria.

La pregunta por la “naturaleza” de la espacialidad cobra más pertinencia aún cuando, siguiendo a otros autores, es posible pensar incluso en *la espacialidad de los cuerpos*. En efecto, para autores como José Luis Pardo la espacialidad no se agota en sus componentes geofísicos o geográficos y ni siquiera en sus componentes antropológicos. El cuerpo es también toda una espacialidad que, adicionalmente, cobra un lugar prominente en las situaciones de la guerra. Dice Pardo:

“El hecho de que nuestra existencia sea forzosamente espacial tiene, sin duda, que ver con el hecho de que somos cuerpo(s), de que ocupamos

¿Otras espacialidades?

¿Otras espacialidades?

Ahora bien, otra pregunta a hacerse en el terreno de la espacialidad de la memoria es si el espa-

“El hecho de que nuestra existencia sea forzosamente espacial tiene, sin duda, que ver con el hecho de que somos cuerpo(s), de que ocupamos

lugar. Pero ocupar lugar es sólo posible porque hay un lugar que ocupar, nuestro cuerpo mismo es espacio, espacialidad de la que no podemos liberarnos" (Pardo, 1992, 16).

Mientras Bernard Waldenfels, por su parte, en un interesante artículo titulado *Habitar corporalmente en el espacio*, deja ver la importancia del cuerpo en las formas de vivir la espacialidad: el aquí y el ahora, lo cercano y lo lejano, el adentro y el afuera –experiencias que asumimos como espaciales–, son fundamentalmente vividas desde el cuerpo y expresadas a través de toda una simbólica corporal (Waldenfels, 2004).

Si partimos, pues, del presupuesto del cuerpo como espacialidad y atendemos a la apreciación de Ricoeur de que “existe un vínculo entre memoria corporal y memoria de los lugares” (Ricoeur, 2003, 65) podremos interrogar esta relación entre cuerpo y lugares de la memoria en la guerra. “El cuerpo –dice Ricoeur– constituye, a este respecto, el lugar primordial, el aquí respecto del cual todos los otros lugares están allí. En este sentido es completa la simetría entre espacialidad y temporalidad: aquí y ahora” (ibíd.). La transición de la memoria corporal a la memoria de los lugares está garantizada, dice, por actos tan importantes como orientarse, desplazarse, y más que ningún otro, vivir en.... así, las cosas recordadas están intrínsecamente asociadas a lugares. No es casual que digamos que lo que aconteció tuvo lugar (ibíd., 63).

Gonzalo Sánchez, por su parte, evidencia también la importancia del cuerpo en los procesos de memoria. Y si bien su referencia parte de la reseña que elabora sobre otro texto, sus reflexiones al respecto no dejan dudas de su pertinencia. Dice: “La memoria es asunto de procesos mentales pero también es, y muy esencialmente, asunto de marcas y procesos corporales” (Sánchez, 2004, 85), y a partir

de ciertos testimonios como los de Primo Levi, o los que trae la propia publicación que está reseñando, dice: “Es la huella de una experiencia física indeleble la que crea la necesidad también física de contar: de dar testimonio, en busca de alguna forma de simbolización de lo real que permita salir ‘de la marca de la memoria en bruto’” (ibíd., 86).

La pregunta por el cuerpo, en relación con la memoria y con la guerra, se hace importante en la reflexión aquí propuesta por dos razones: la primera para esclarecer si en esos contextos, él forma parte o no de la espacialidad y de qué manera. La segunda, por el lugar que el cuerpo viene jugando en las situaciones de la guerra. Cuando sabemos que la violencia física es ejercida *literalmente* sobre los cuerpos ¿qué pasa entonces con el cuerpo a la hora del recuerdo? ¿cómo se involucra él en la narración de la violencia? Y si también es espacio, ¿cómo involucrarlo en un análisis sobre la espacialidad de la violencia? ¿Cómo la guerra hace también del cuerpo una espacialidad y/o un “lugar de memoria”?⁵ ¿Qué hacer con las referencias espaciales que involucran el cuerpo como espacialidad? ¿Es también el cuerpo –y en ese caso cómo– un soporte de la memoria? La pretensión en este terreno sería entonces la de desentrañar ese “lugar” del cuerpo en los procesos de memoria o, dicho en otros términos, de desentrañar la “espacialidad corporal” en los procesos de memorialización de las poblaciones víctimas de la guerra y de la violencia.

Habría pues necesidad de indagar por las formas concretas como las corporalidades participan en la guerra y/o son obligadas a insertarse en su dinámica. Interrogar, por ejemplo, la manera como las tramas de la vida cotidiana y de la guerra se tejen con ciertas corporalidades que bien podrían ser “espacios de luto” (Ferrándiz, 2004, 35) o, en términos más genéricos, un *espacio herido*⁶ que construye la violencia y que alude a un tenso espa-

5 La expresión, por supuesto, es alusiva al trabajo del historiador francés Pierre Nora.

6 El concepto de *espacio herido* es tomado de Ferrándiz quien lo explora en su libro *Escenarios del cuerpo* (2004) y lo toma, a su vez, de M. Blanchot, 1986, *The Writing of the disaster* y de L. Langer (sobre el holocausto, 1991).

cio sociológico, geográfico, corpóreo, simbólico y existencial articulado en las sombras de la sospecha, la criminalización, el estigma, la muerte y el duelo (ibíd., 188-89). Indagar también por la manera como los cuerpos pueden ser espacios de sometimiento pero también espacios de hegemonía o resistencia en (y a) la guerra. Adicionalmente –al asumir el cuerpo un lugar tan prominente en las formas de violencia más reciente–, indagar por este lugar del cuerpo en la guerra, ayudaría a desentrañar muchos de los efectos concretos de la guerra sobre las poblaciones.

El esfuerzo que habría que hacer entonces con la puesta en marcha de *ejercicios de la memoria*, sería tratar de precisar los aspectos que permitan interrogar *la espacialidad* en sus diversas dimensiones: física o geográfica, antropológica o significada y, finalmente, corporal.⁷ Esta aproximación permitiría no sólo saber cómo, con qué, desde dónde funciona la memoria, sino también identificar esas *otras dimensiones espaciales* de la guerra que creemos trascienden, con mucho, sus componentes geofísicos e involucran componentes más simbólicos y más inmateriales, que tienen que ver con los procesos de “significación” del territorio, esto es, con las *territorialidades*, en términos antropológicos pero que, igualmente, involucran el cuerpo, –material y simbólico– como *una espacialidad* donde también se desarrolla la guerra y actúa la memoria.



NADA COMO LA MEMORIA PARA DESORDENAR EL TIEMPO

Un segundo componente muy importante de la memoria que queremos interrogar aquí es el de su *temporalidad*. De hecho “la memoria es tiempo” (Ricoeur, 2003). En efecto, la memoria se construye desde el presente, sobre el pasado y hacia el futuro. O, en términos de Gonzalo Sánchez, “el pasado se vuelve memoria cuando podemos actuar sobre él en perspectiva de futuro” (Sánchez, 2003, 25). En

este sentido, ella tiene la posibilidad, de “reconfigurar el tiempo” (Ricoeur, 2003) o, en términos nuestros, de “desordenarlo”. Este desorden y/o estas *problemáticas temporalidades* de la memoria tampoco terminan de esclarecerse. Podríamos preguntarnos ¿cuál es la relación que se establece entre tiempo y memoria cuando aludimos a ella como: a) una reconstrucción del pasado, b) que se construye desde el presente, c) que debe invocarse solamente en términos de futuro posibles? (Todorov, 2000 y Ricoeur, 2003) ¿Cuál es, pues, la “cronología” de la memoria o de qué “desórdenes temporales”⁸ estamos hablando al abocar el tema de la memoria? Sin duda, la compleja relación entre tiempo, historia y memoria, tan ampliamente explorada por Ricoeur (1999 y 2003), adquiere aquí todo su significado.

En estrecha relación con este problema surge otro: ¿cuál es la *temporalidad* de la narración al construir o reconstruir memorias? ¿Cuál es el juego o el desplazamiento posible entre estos tiempos y/o cuáles son los otros “órdenes temporales” que el relato construye? ¿Cuál es la relación que se establece entre el tiempo de la memoria y el tiempo de la narración? Y, finalmente, ¿dónde se anidan esos “hitos” que marcan el relato? ¿Cómo evidenciar la emoción y la subjetividad –en su condición constructora de “referentes significantes”– como marcadora de tiempos?

Aquí, al introducir el problema de la subjetividad, se hace importante retomar la diferenciación establecida por Gonzalo Sánchez entre las pretensiones objetivadoras de la historia y, por el contrario, el carácter militante de la memoria. Dice Sánchez:

“La historia tiene una pretensión objetivadora y distante frente al pasado que le permite atenuar la exclusividad de las memorias particulares (...) La memoria, por el contrario, tiene un sesgo militante, resalta la pluralidad de relatos, inscribe, almacena u omite y, a diferencia de la historia, es la fuerza, la presencia viva del pasado en el presente. La memoria requiere del apoyo de la historia pero no se interesa tanto por el acontecimiento, la narración de los hechos o su reconstrucción como dato fijo sino por las huellas de la

experiencia vivida. (...) Lo que se olvida y se recuerda [dice retomando a Augé] no son los hechos mismos sino la ‘impresión’, el sello que han dejando en la memoria” (Sánchez, 2003, 24-25).

Esta dimensión subjetiva de la memoria es también resaltada por otro autor, Alejandro Portelli, quien viene trabajando, a través de la historia oral, en la recuperación de las memorias de la guerra en España. Dice Portelli:

“La paradoja principal de la historia oral y de las evocaciones es de hecho que las fuentes son personas, no documentos. La motivación para narrar consiste precisamente en expresar el significado de la experiencia a través de los hechos: recordar y contar es ya interpretar” (Portelli, 1994).

Las preguntas por la temporalidad de y en la memoria cobran, pues, pertinencia y no es fácil desentrañar el asunto. Pasados, presentes y futuros recorren las reflexiones de diferentes autores sin que haya claridad sobre su respectivo papel en la construcción de la memoria. El pasado desde su condición de posibilidad de la memoria. Sin duda, “la anterioridad constituye la manera temporal por excelencia de la ‘cosa recordada’, de lo ‘recordado’ en cuanto tal. Así el referente último de la memoria sigue siendo el pasado” (Ricoeur, 2003, 22-23). El presente desde la posibilidad de resignificar el sentido de ese pasado y poder dejar-

lo atrás⁹ (de ahí las demandas de justicia) y el futuro, desde las potencialidades y/o los beneficios de la memoria, al permitir poner el acento en el futuro.

La posibilidad de responder, o al menos, de problematizar la reflexión en este terreno pasa, en primer lugar, por la interrogación a la Historia como disciplina y/o a la capacidad de la historiografía para esclarecer el problema del pasado (y con él el del tiempo), pero remite también a los presentes desde donde se reconstruye el sentido de ese pasado; un pasado que solo es posible reconstruir en el presente. Y remite también, finalmente, –y de manera muy importante– a los “futuros posibles”, esto es, a las dimensiones políticas de la memoria en tanto son ellas las que estructuran estas posibilidades. Como lo plantea nuevamente Gonzalo Sánchez:

*“El pasado se
vuelve memoria
cuando podemos
actuar sobre él, en
perspetiva de
futuro”*

“un intento de respuesta a las preguntas sobre la memoria, el olvido, la reparación tiene que estar condicionado a un gran esfuerzo de historia crítica, de contextualización (...) que nos permita hacer la selección de lo memorable. Un proceso de ‘reapropiación del pasado’ que nos devuelva el sentido de identidad y de pertenencia y la confianza en el futuro (...) (Sánchez, 2003, 20).

Futuro que está, obviamente, en relación con la utilización que se haga de ese pasado, esto es, con los usos sociales de la memoria y, en ultimo término, con el papel que el pasado debe desempeñar en el presente (Todorov, 2000, 17-18), lo que le

7 Es posible pensar incluso que, a la hora de su abordaje, se invierta el orden de prioridad de estas dimensiones espaciales y sea preciso iniciar la búsqueda por la espacialidad corporal.

8 Con “desordenes temporales” aludimos a los tiempos que juegan en un sentido distinto al tiempo cronológico que conocemos: pasados, presentes y futuros.

9 En esta posibilidad se asientan no sólo los procesos de elaboración del duelo en lo individual (lo psíquico), sino los procesos históricos de “ajustar cuentas con el pasado” en el caso de las naciones y las sociedades (Ignatieff, 1999).

confiere, sin duda, su carácter problemático y político a la hora de resignificar ese pasado con perspectivas de futuro, dado que aquí se juegan no sólo las distintas versiones del pasado –que como lo señala Jelin (2002, 6), es *una lucha de memorias contra memorias*–, sino asuntos tan disputados como la verdad histórica. Por lo demás, y en términos de la resignificación de ese pasado, y sus perspectivas de futuro ya conocemos las llamadas de atención de Todorov sobre los usos y/o abusos de la memoria y la diferenciación que establece entre la memoria *literal* y la memoria *ejemplar* donde la primera se queda presa del pasado y la segunda, en cambio, se convierte en principio de acción para el presente y es potencialmente liberadora (Todorov, 2000, 30-31).

Con todo, el asunto no termina de esclarecerse. Para Vásquez pasado, presente y futuro [deben ser] contemplados no como simples segmentos de un vector cronológico, sino como componentes de una temporalidad significativa. Hacer memoria, dice, no es proceder siguiendo una secuencia lineal de acontecimientos en el tiempo. Mediante nuestra memoria, mediante la construcción que hacemos del pasado y de los acontecimientos conectamos el presente con el pasado y, eventualmente, con el futuro. O, cuando afirma de manera más concluyente, que la memoria evoluciona mediante rodeos y desviaciones construyendo *para el momento* el relato y su temporalidad. (Vásquez, 2001, 124-5). Esto es, su potencialidad estaría dada en el presente. O también porque, como lo plantea Jelin, ubicar temporalmente a la memoria significa hacer referencia al “espacio de la experiencia” en el presente. Una experiencia de hombres y mujeres concretos que actúan y sufren y que obligan a establecer de otra manera los sentidos de la temporalidad: el presente contiene y construye la experiencia pasada y las expectativas futuras. (Jelin, 2002, 12-13).

Esclarecer, en términos teóricos, estas *dimensiones temporales de la memoria* supone, pues, un juicioso ejercicio de elaboración de una reflexión que pueda dar cuenta de las relaciones que se establecen entre historia y memoria y, de manera muy importante, las que se establecen entre memoria y tiempo (Ricoeur, 2003). Sin duda, la posibilidad de insertar las memorias individuales en un relato histórico que les dé sentido, pasa por darle lugar a una cierta periodicidad de los hechos que ayude a contextualizar sus temporalidades.

Con todo, a las dificultades de dilucidar el asunto se le suman las complejas relaciones entre tiempo y memoria cuando se trata de procesos ligados a situaciones violentas, dado que de lo que se trata ahí es de “una memoria de sufrimientos más que de acontecimientos” (Pécaut, 2003, 125). Pero ¿cómo establecerle una temporalidad al sufrimiento? Adicionalmente porque en el caso colombiano habría que dilucidar también sus temporalidades, al parecer comprometidas, en lo que Pécaut llama el presentismo, una mera secuencia de acontecimientos que va a la par con la discontinuidad temporal. Lo que conduciría a una especie de “memoria atemporal”, una memoria que apunta a ubicar a los muertos por “fuera de cualquier temporalidad” y en la cual no se diferencia lo presente de lo pasado (ibíd., 118,120). Una atemporalidad que se manifiesta en la confusión de tiempos, una memoria mítica de la repetición frente a una violencia pasada que nunca

ha logrado llegar a ser efectivamente pasado. (ibíd., 122 y ss.). Esa discontinuidad y/o confusión de tiempos tendría asiento en la inmediatez con la cual se vive el evento violento, que se repite casi inmediatamente llegando a desplazar al anterior sin dar ninguna posibilidad de construir relatos colectivos, esto es, de hacer memoria del hecho y por esa vía de “integrarlos progresivamente en la historia” (ibíd., 122). De alguna manera, y en términos de



las temporalidades del fenómeno, la violencia de hoy estaría “cargando” con la no inclusión de la VIOLENCIA en el pasado y su percepción de “presente perpetuo”, comprometiendo aún más la posibilidad de la memoria. Una violencia pues que, hoy como ayer, arrasa sin las debidas contextualizaciones históricas y por tanto sin tiempos. Así las cosas, la pregunta a hacerse es ¿cómo esclarecer, en este caso, la temporalidad de la memoria ligada a la violencia?



LAS NARRATIVAS DE LA MEMORIA

Un tercer problema, ligado al del(os) espacio(s) y el(os) tiempo(s) de la memoria pero a otro nivel, en tanto los atraviesa a ambos, y que quisiéramos explorar es el que tiene que ver con la *narrativa y/o con el carácter narrativo de la memoria* como el mecanismo privilegiado de su construcción. ¿Es posible atribuirle un carácter exclusivamente narrativo a la memoria? ¿Es el relato, el elemento diferenciador entre el recuerdo y la memoria? Para algunos autores, en efecto, “la memoria no existe si no es narrada” (Vásquez, 2001). Esta afirmación es reforzada por Augé, cuando dice que un recuerdo como impresión, como huella mnésica, aún no constituye la memoria. Al recuerdo (en la psiquis individual) privado, le haría falta palabra, relato para construir memorias. O, cuando plantea claramente que cuando habla de relatos, “no alude solamente a las formas literarias consagradas, sino también a los relatos¹⁰ que adornan cada vivencia individual, cada vida en trance de vivirse y de narrarse” (Auge, 1998, 61). Quizá por eso nos parece más acertada la palabra *Re-Memorar*, utilizada por Ricoeur, que parece unir, en su forma incluso, el recuerdo a la memoria;

la impresión, con el relato que se construye sobre ella. Relato o narración que, por lo demás, le da su dimensión pública al recuerdo. (Ricoeur, 2003, 169). Y que acompaña, de alguna manera, las memorias corporales. Dice Ricoeur: “la memoria corporal puede ser ‘actuada’ (...) pero las pruebas, las enfermedades, las heridas, los traumatismos del pasado, invitan a la memoria corporal a fijarse en incidentes precisos *que apelan fundamentalmente a la memoria secundaria, a la rememoración e invitan a crear su relato*” (ibíd., 62).

Para Augé el carácter narrativo de la memoria es todavía más contundente. Para él existe “una dimensión narrativa en toda existencia”. La vida real que vivimos, se pregunta, “¿no se presenta acaso como un intrincado tejido de historias, intrigas, acontecimientos que afectan a la esfera privada o a la esfera pública, que nos narramos unos a otros con mayor o menor talento y convicción?” (Augé, 1998, 39). Esta dimensión narrativa de la existencia humana es aún más clara en relación con la memoria cuando dice que “en cuanto nos alejamos del relato, en cuanto renunciamos a plasmar en forma de relato lo que denominamos recuerdo, nos alejamos quizás también de la memoria” (ibíd., 29).

Así mismo Félix Vásquez insiste en el carácter narrativo que tendría la memoria en tanto es la narración la que articula los acontecimientos (Vásquez, 2001, 108), aprovechando, –dice retomando a Ricoeur–, la virtualidad que tiene de poder reconfigurar el tiempo. El recurso narrativo permite que la memoria quede integrada dentro de la práctica constructiva humana y las personas adquieran sentido y protagonismo al incluirse en el relato. (ibíd., 109).

Es por otra parte lo que podemos concluir de la apreciación de Ricoeur sobre lo que llama la *memoria declarativa* del testimonio que, por lo demás, considera como “lo mejor para asegurarnos de que algo ocurrió” (Ricoeur, 2003, 191-192). Testi-

10 Esta concepción sobre el relato parece coincidir con la de Paul Ricoeur para quien el relato es: “una composición que reúne una serie completa de acontecimientos conforme a un orden específico [donde] dicho orden nos posibilita hablar del discurso narrativo” (Ricoeur, 1999, 92).

monios que se vuelven relato, narrativa. De hecho, va a plantear que la actividad de testimoniar revela entonces la misma amplitud y el mismo alcance que la de narrar en virtud del claro parentesco entre ambas actividades (ibíd., 212-213). También para Jelin la memoria o el “acontecimiento memorable” se expresa en una forma narrativa. De ahí su afirmación de que las vivencias pasadas que no pueden ser integradas narrativamente, que conllevan grietas en la capacidad narrativa, son “huecos en la memoria” (Jelin, 2002, 27-28), silencios, traumas.

Con todo y este acuerdo en que la forma narrativa (y/o el relato) parece ser la expresión privilegiada de la memoria, esto es, que no existiría la memoria sin relato, la reflexión en este terreno no resulta para nada simple. La discusión en torno a la narrativa ha involucrado no sólo a los lingüistas, (como lo expresa toda la gama de aproximaciones y enfoques desde quienes propugnan por el estudio de las estructuras internas de la lengua como sistema, pasando por las relaciones entre el uso del lenguaje y el contexto, hasta los análisis del discurso que apuntan a la construcción social del sentido, entre otros debates), sino también a los historiadores (como lo dejan ver, por ejemplo, las discusiones sobre el estatuto epistemológico de la Historia (White, Foucault); la de la ligazón profunda entre la historia y su relato escrito, así como las relaciones complejas entre el manejo del tiempo en el discurso histórico (Ricoeur); las diferencias entre la historia como “realidad” y la historia como discurso o el discurso historiográfico, (Todorov); las implicaciones del discurso histórico en relación al “hacer la historia” y/o al “contar la historia” (De Certeau). Esto sin dejar de lado que el tema ha sido abordado también, y de manera muy extensa y muy profunda, desde la filosofía hermenéutica por Paul Ricoeur, quien le debe al problema de la narrativa, sus mejores obras.¹¹

Sin pretender abordar aquí una reflexión que apenas comenzamos (y que por lo demás sabemos

que habría que explorar ampliamente si queremos desentrañar la naturaleza de este componente de la memoria), la pregunta por la forma narrativa de (y en) la memoria podría permitirnos, por lo pronto, señalar uno de los aspectos fundamentales del problema. El que tiene que ver con el *poder comunicativo* de los relatos y/o las narrativas en su doble dimensión como “acto de narrar” y como “producto” (el enunciado narrativo); pero también con sus significaciones y resignificaciones y, finalmente, con los usos y los efectos sociales, simbólicos y cognitivos de esas narrativas. (Mumby, 1993 citado por Contursi y Ferro, 2000, 100). Lo que para efectos del desarrollo de “ejercicios de la memoria”, v.gr. de la posibilidad de producir “actos de habla” y recuperar los testimonios presentes en esas narrativas; con la posibilidad también, en términos de significaciones, de resemantizar a través de ellas ese “pasado violento” –en tanto se trata de la memoria, como ejercicio de *resignificación del sentido* de ese pasado (Ricoeur, 2003)– y con los usos políticos –o las perspectivas de futuro– que de ellas puedan derivarse, reviste una importancia fundamental en la construcción y reconstrucción de la(s) memoria(s) producida en contextos de guerra.



PALABRAS FINALES

Con estas tres preguntas o problemas queremos, pues, intentar esclarecer, teóricamente, la naturaleza de estos tres componentes: espacio, tiempo y narración, para poder abordar con mayor precisión el papel que ellos juegan en los procesos de “memorialización” que hacen las poblaciones en el contexto de la guerra. Creemos que esto ayudaría a perfilar, a futuro y con mayores posibilidades de realización, diversos “ejercicios de la memoria” y a

11 Sin duda, para el problema que nos ocupa este autor es referencia obligada. No solamente los textos ya citados, sino también *Tiempo y Narración*.

esclarecer, –con mayor precisión teórica–, sus modos de funcionamiento. Ayudaría también a potenciar, con mayores posibilidades, sus usos políticos. Permitiría pues, en síntesis, indagar por el juego de las espacialidades y las temporalidades, puestas en obra en la reconstrucción de las memorias de la guerra y ayudaría, finalmente, a desentrañar el carácter narrativo o no de la memoria.

• • • • •

BIBLIOGRAFÍA

- Archila, Mauricio, 1998, “Fuentes orales e historia obrera”, en Lulle, Thierry, coordinador, *Los usos de las historias de vida en ciencias sociales I*, Bogotá, Anthropos/Universidad Externado de Colombia, pp. 281-296.
- Augé, Marc, 1998, *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa.
- Blair, Elsa, 2002, “Memoria y Narrativa. La puesta del dolor en la escena pública”, en *Estudios Políticos*, número 21, Instituto de Estudios Políticos (IEP)/Universidad de Antioquia, Medellín, pp. 9-28.
- Castillejo, Alejandro, 2004, “Voces desde el sepulcro. Terror, espacio y alteridad en la guerra colombiana”, Ponencia presentada al *Seminario Internacional (Des)territorialidades y (No) lugares*, Medellín, Iner, noviembre 4-6.
- Contursi, María Eugenia y Ferro, Fabiola, 2000, *La Narración, Usos y Teorías*, Bogotá, Norma.
- Ferrándiz, Francisco, 2004, *Escenarios del cuerpo. Espiritismo y sociedad en Venezuela*, Bilbao, País Vasco, (España), Universidad de Deusto.
- García, José Luis, 1976, *Antropología del Territorio*, Madrid, Taller de ediciones Josefina Betancur.
- Ignatieff, Michael, 1999, *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*, Madrid, Taurus, original en inglés 1998.
- Jelin, Elizabeth, 2002, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI.
- Oslender, Ulrich, 2004, “Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: la construcción de ‘geografías de terror’”, Ponencia presentada al *Seminario Internacional (Des)territorialidades y (No) lugares*, Medellín, Iner, noviembre 4-6.
- Pardo, José Luis, 1998, *Las formas de la exterioridad*, Valencia, Pre-textos.
- Pécaut, Daniel, 2001, *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Espasa-Planeta.
- , 2003, “Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible”, en *Violencia y Política en Colombia. Elementos de reflexión*, Medellín, ediciones Hombre nuevo/Universidad del Valle.
- Piscitelli, Adriana, 1998, “Pasión, casamiento y poder: tradición oral y memoria en familias latifundistas del café (Minas Gerais, Brasil)”, en Lulle, Thierry, coordinador, *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales I*, Bogotá, Anthropos/Universidad Externado de Colombia, pp. 65-81.
- Portelli, Alejandro, 1994, “La Filosofía y los hechos. Narración, interpretación y significado en las evocaciones y las fuentes orales”, en *Fundamentos de Antropología*, número 3, Granada, España, pp. 33-39.
- Ricoeur, Paul, 1999, *Historia y Narratividad*, Barcelona, ICE/Universidad Autónoma de Barcelona/Paidós.
- , 2003, *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Editorial Trotta, original en francés 2000.
- Sánchez, Gonzalo, 2003, *Guerras, Memoria e Historia*, Bogotá, Icanh.
- , 2005, “Los psicoanalistas, la guerrilla y la memoria”, en: *Análisis Político*, número 54, Iepri/Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 81-87.
- Taussig, Michael, 1995, *Un gigante en convulsiones*, Barcelona, Gedisa, original en inglés 1992.
- Todorov, Tzvetan, 2000, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, original en francés 1995.
- Vásquez, Félix, 2001, *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*, Barcelona, Paidós.
- Waldenfels, Bernhard, 2004, “Habitar corporalmente en el espacio”, en: *Daimón. Revista de Filosofía*, número 32, Universidad de Murcia, España, mayo-agosto, pp. 21-37.

